

otro se perdonan con idéntica alegría. Qué felices son entonces. Aquello es como el renuevo del primer encuentro, como un renacimiento de la pasión. Y nadie, nadie debe saber lo que pasa entre el marido y la esposa. Pueden querellarse, pero ni la propia madre debe ser llamada como árbitro, y si por acaso se entera, debe darse por ignorante de la querrela. El marido y la mujer son sus propios jueces. El amor es el secreto de ambos: debe permanecer oculto á todos, ocurra lo que quiera. Así es mejor, más religioso, más intenso.

El amor no pasa cuando el marido y la mujer son buenos y honrados. Claro es que la ráfaga de las primeras semanas no puede durar, pero al primero sucede otro amor mejor todavía. Las almas se aman entonces: no hay secretos entre el marido y la mujer, y si tienen hijos, hasta en los momentos más amargos no carecen de algo de dulzura. Basta con amarse con fuerte corazón. ¡Qué alegre es entonces el trabajo! Se quita uno el pan de la boca para sus hijos... y es feliz. Se piensa que los hijos han de pagarnos en amor todos nuestros sacrificios, y que en último extremo es por uno mismo por quien se trabaja. Crecen ellos y sentís que vosotros le servís de ejemplo, que sois su sostén: que cuando hayáis muerto, guardarán durante toda su vida, en su corazón, vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, tales como los han recibido de vosotros, y que conservarán fielmente vuestra imagen.

Dícese que es penoso tener hijos. ¿Quién lo asegura? Es una felicidad divina. ¿Te gustan á tí los niños? Yo los adoro. ¡Un pequeñuelo cogido á tu pecho! ¿Qué marido puede tener un mal pensamiento contra su mujer cuando la contemple con su hijo en los brazos? ¡Un pequeñuelo, gordinflón, que se estrecha contra su madre alzando sus rosados pies y oprimiéndole el seno con sus manecillas! ¡Y aquellos ojillos tan inteligentes! ¡Parece que lo comprende todo! El padre se acerca: el niño sigue chupando el pezón fecundo. De repente se vuelve, mira á su padre y se echa á reír... ¡Oh, tiene motivo!... ¡Dios lo sabe! Vuélvese después al pecho de su madre y la muerde, á veces con cuantas fuerzas puede, y la mira de reojo como diciéndola: ¿Eh? qué tal... te he mordido. ¿No puede decirse que es la felicidad absoluta cuando están juntos los tres, la mujer, el marido y el hijo?

— ¡Parece que está usted leyendo en un libro!

— ¡En un libro! Sí... te he dicho lo que pudieras haber sido, voy á decirte lo que eres.

¿Piensas formalmente que nunca habrás de envejecer? ¿Crees que has de ser siempre bella? ¡Oh

cuán grande es tu error! Y no te hablo de la ignominia de esta casa. Eres joven, atractiva, linda... y sin embargo, cuando he entrado en esta casa he sentido disgusto al verme cerca de tí. Es menester estar borracho para entrar en estos lugares. Mira, si estuvieras en otra parte, si fueses honrada, quizás te amaría. Cada una de tus prendas sería una felicidad para mí. ¡Y qué decir de tus palabras! Rondaría de noche la puerta de tu casa, estaría orgulloso de tí, te consideraría como mi prometida.

Pero aquí! ¿Qué eres tú? Un instrumento de placer. Tu voluntad importa poco. Entregas tu amor á la profanación de los borrachos. El amor que es lo más precioso del mundo, el diamante más precioso, el tesoro de las vírgenes. ¡El amor! ¡Para merecerlo hay que darle el alma y la vida!... Pero tu amor ¿qué vale? ¿Quién puede hablar aquí de amor, cuando todo es permitido sin amor?

¿Para qué has enterrado tu vida aquí? ¿Acaso porque se te da de comer bien? Para una mujer que conserva un resto de dignidad, el pan ganado con tanta ignominia se atraviesa en la garganta... Después de todo, tu modo de vivir durará poco. No confíes en tu juventud: aquí los años duran triple. Antes de que te expulsen vendrán los disgustos, las disputas, las recriminaciones. Te tratarán como si no hubieses dado á tu amor la juventud y la salud, como si no hubieses perdido tu alma.

Y no esperes que se te defiendan: por adular al ama caerán sobre tí tus compañeras, porque todas son esclavas como tú, y tiempo hace que han perdido la conciencia y la piedad. Esto será para tí lo más inmundo, lo más vil y lo más ultrajante: ellas saben injuriar como fuera de estas casas no sospecha nadie. A los 22 años parece que tienes 35 y si no estás enferma, júzgate feliz y da gracias á Dios.

¿Piensas quizá que en cambio no trabajas y haces vida alegre? ¡Desgraciada! No existe en el mundo una miseria más grande que la tuya. Cuando te arrojen de esta casa saldrás de ella como delincuente. Luego á otra casa; después á otra y por último al más inmundo de los lupanares... todavía si tuvieras la suerte de morir ahora... Porque has de saber que se te echará en cara que no cumples con tu deber, que no ganas lo bastante. Tendrás sed y te darán agua é injurias. ¡Cuándo reventarás, bribona! ¡Nos impides dormir con tus quejidos y ahuyentas á tus parroquianos!...

Por último, te arrojarán en una cama del hospital. ¿Qué pensarás entonces? Y morirás, y manos impacientes te arrojarán de prisa en el hoyo. Y en vez de plegarias, se oirán en torno de tu cadáver infa-